



Qué se oye, qué se ve, qué se lee

ECOS DE LA TELEVISIÓN BASURA

Por ARÍSTIDES O'FARRILL

Las nuevas tecnologías han logrado un impresionante ascenso en la interacción audiovisual. Internet, satélite, zapping... son términos que se tornan, como nunca antes, cada vez más familiares en la aldea global donde vivimos. Así un brasileño que posea un equipo de satélite se puede enterar de lo que pasa ahora mismo en Japón, o un internauta suizo puede navegar y saber cómo van las cosas en Canadá. Esta intercomunicación audiovisual capaz de lograr un acercamiento entre diferentes culturas es uno de los rasgos más positivos de la era audiovisual que estamos viviendo. Pero, como siempre sucede, ello también puede ocasionar perjuicio. Sin embargo, es bueno aclarar, no son los medios malos en sí mismos, como bien advierte el magisterio eclesial en materia audiovisual. Todo depende del buen o mal uso que se haga de los mismos. En tal sentido, es necesario señalar que se ha entronizado un nuevo fenómeno: la llamada televisión basura, cuyas emisiones son mayoritariamente embrutecedoras, de culto al mal gusto, al morbo barato y al reportaje amarillento.

Cuba, por su estructura sociopolítica, permanece alejada de esta eclosión audiovisual. Pero ello solo en parte, pues comienzan a emerger canales alternativos de comunicación audiovisual, provenientes de los llamados canales hispanos de Estados Unidos, que son consumidos por un sensible número de personas. No soy, gracias a Dios, un habitual consumidor de estos. Sin embargo, me ha sido imposible librarme absolutamente de ellos y, por ende, podré intentar ofrecer una valoración de los mismos.

Al parecer, el canal más visto es Univisión, y su canal anexo Telefutura, donde el plato fuerte son las telenovelas, tan codiciadas por las amas de casa, y también por otros, para quienes perderselas puede ser equiparable a la rotura de un importante equipo electrodoméstico. Aunque nunca he sido un fan de las novelas, creo que pueden cumplir una función social importante: sacar a las personas de la rutina cotidiana. (Esta debe ser la función de la industria del entretenimiento, a la que muchas veces Hollywood ha sabido sacarle buenas lascas con su impecable sistema de estrellas).

Hay novelas que, siguiendo los códigos narrativos y estéticos que en su día implantó el cubano Félix B. Cagnet (amores tormentosos, secretos "ocultos", protagonistas de ensueño, ausencia de pobreza, villanos/as perversos hasta la saciedad, final feliz...), logran, cuando menos, un aceptable nivel estético e incluso dentro de sus patrones, alcanzan condicionamientos éticos positivos. Un buen ejemplo fue la malentendida telenovela cubana, Salir de noche (2002), aunque eso sería tema para otro trabajo.

Sin embargo, las ofertas noveleras de Univisión son risiblemente execrables y empobrecedoras intelectualmente, con argumentos alucinantes por increíbles. Son, además, muy mal actuadas y las tramas pretenden guardar ciertos secretos, por un aproximado de 100 capítulos, que el espectador, con un mínimo de inteligencia, lo sabe al quinto y se pregunta cómo es posible que la tramas sean tan largas y los guiones tan insulsos. Pero no son las telenovelas lo peor de Univisión.

En este acápite quienes se ganan las palmas son los reality shows, encabezados por la cubana Cristina Saralegui y la peruana Laura Bozzo. La primera combina algún que otro programa de interés, cuando presenta a invitados famosos, con otros que denigran a la persona humana. En uno de los programas que pude ver recientemente, titulado Los chusmas, los invitados se lanzaban improperios entre si e intercambiaban insultos con el público. La Bozzo, por otra parte, lleva esto al extremo, pues sus invitados suelen ser parejas engañadas, padres que abusan de sus hijos, amigos que se traicionan u otras lindezas. La Bozzo los azuza para que se insulten y, en ocasiones, llegan a la violencia, como fue el caso de un programa sobre un bígamo irremisible que llegó a ser golpeado por todas sus parejas, mientras el público exultaba en un remedo del circo romano. He leído que en muchos casos se trata de programas arreglados. Pero ello no cambia nada, pues lo que vale es la intención y, aunque fuera cierto que son concertados, eso no le obsta un óbice de aberración a estos reality shows.



Siguiéndole muy de cerca los pasos, en cuanto a denigración y embrutecimiento, están los programas de competición. A la cabeza de estos se encuentra el chileno Don Francisco, con su programa Sábado Gigante. Tampoco tengo nada en contra de los programas de participación, pues pueden estimular el intelecto y los afortunados solucionar algún que otro problema económico. Pero lo inaceptable es que los participantes sean obligados a juegos denigrantes. En un programa que recién vi y me conminó a escribir este trabajo, dos competidores, ataviados como cerdos, lamían como tales comidas, mientras que Francisco les invitaba a ganar, con un "arriba cerditos que el premio espera por ustedes". Mega Match es otro programa participativo, pero con competidores muy jóvenes, pertenecientes a escuelas de nivel superior de varios países. Este, sin llegar a los excesos de Sábado..., posee, por ejemplo, una competencia en la que los participantes tienen que cantar melodías conocidas, y quien logre hacerlo bien recibe confetis por todo el cuerpo, pero a quien lo haga mal le vierten un líquido que simula ser heces...

Por supuesto, en estas televisoras no faltan el chisme y el cotilleo. En ello, también Don Francisco va a la cabeza con su Don Francisco presenta. Aquí, al igual que en el programa de la Saralegui, cuando los invitados son artistas que se han ganado la fama con su talento, se puede encontrar algo interesante, pero cuando son prefabricados que se han ganado la fama a fuerza de coquetear o buscar directamente el escándalo morboso, las cosas cambian. Hubo un programa donde invitaron a dos estrellas inventadas, la mexicana Gloria Trevi y la cubana Niurka Marcos, ambas convertidas en figuras de la farándula por sus declaraciones atrevidas con respecto al sexo y por aparecer de cuando en vez semidesnudas, ejemplos elocuentes de cuáles pueden ser los requisitos artísticos de Univisión. Cuando los invitados son figuras de este talante, el mal gusto, la provocación pueril y la sordidez moral campean por su respeto. Atrás no se queda Escándalo TV, programa amarillista dedicado a exponer todo lo que usted quiera saber de chismes sobre famosos, explorando sin pudor sus intimidades. En una emisión llegaron al colmo, con una joven actriz que quiso pasar el posparto en casa de sus padres. Comenzaron a rumorar entre ellos que se había separado de su esposo y fueron a molestarla a su casa exigiendo información al respecto. No contentos con esto, esperaron al esposo para comprobar si era cierto que seguían juntos.

Tampoco el cine se salva del empobrecimiento en Telefutura. El encargado de la programación cinematográfica, además de exhibir habitualmente lo peor del cine norteamericano y mexicano, interrumpe continuamente la programación cinematográfica para interminables anuncios publicitarios que, además de malos, muchas veces son los mismos desde el principio hasta el final. Para colmo de males, como la emisión del filme tiene un horario cerrado, cuando la película es un poco larga, sencillamente le hacen cortes sin criterio comercial y mucho menos artísticos. Una vez quise repetir por ese canal un filme que había visto por otra vía y me di cuenta que le habían cercenado los planos donde intervenían dos personajes, secundarios, pero importantes para la esencia de la trama. Otra perla de este muestrario es Primer impacto, un programa donde, si bien suelen presentarse curiosidades interesantes, las más de las veces lo que prima son accidentes, asesinatos y violencias, registrados por cámaras de aficionados u otras de las tantas cadenas públicas que pueblan el país.

Un canal que queda lejos de Univisión es el 41. Entre sus ofertas está un remedo del mítico programa La tremenda corte, que más que simpático resulta penoso. Otro remedo hecho por acá de aquel clásico, Jura decir la verdad es, con mucho, mejor, lo que demuestra que las restricciones o la falta de ellas, no garantizan la calidad o viceversa. Seguro que yes, conducido y actuado por el cómico cubano Alexis Valdés, y dirigido por otro cubano, Eduardo Cáceres Manso, es de lo mejorcito de este canal. Su segmento titulado Abogado de oficio, el cual interpreta el propio Valdés junto a sus compatriotas Orlando Casín y Carlos Cruz, es de una hilaridad ejemplar. No así otro segmento, donde los chistes son de un doble sentido demasiado directo y sus invitados habituales excesivamente burdos, donde se incluye una grosera parodia de una monja.

El que le sigue, La Cosa Nostra, es el summum de la vulgaridad y falta de ideas. Teniendo como conductores a otros dos cómicos cubanos que utilizan los mismos motes que cuando concebían humor acá, Carlucho y Boncó Quiñongo. Este programa parece, por su anarquía dramática, no tener guión. Todo consiste en varios personajes que se sientan alrededor de una mesa y comienzan a hablar de problemas sociales, políticos, de famosos o de sexo, pero, por supuesto, haciendo triviales cada uno de estos aspectos y haciendo énfasis en los chistes vulgares sobre sexo, que a veces pueden ser graficados por un espectáculo tan lamentable como ver a una anciana de 70 años ejecutando un strip-tease.

Desgraciadamente, es un hecho que la televisión basura vende y bien. Sería ingenuo pensar que por su mala calidad va a desaparecer. Pero también es cierto que existen antídotos contra ella. Cualquier espectador acostumbrado a ver

malos programas, puede adquirir cultura televisiva y redimir su gusto, si posee las opciones necesarias. De hecho, conozco a telespectadores que, una vez pasada la novedad de la telebasura, se hartan de ella.

Puedo poner algunos ejemplos de televisión amena y enaltecadora. Entre ellos se encuentran los programas cinematográficos del Canal Educativo, las transmisiones de Tocados por la fama o Espectacular, de ese mismo canal, o los seriales de la televisión italiana RAI, así como los seriales de televisoras norteamericanas que hemos visto por acá, como C.S.I., La ley y el orden e, incluso, uno más comercial: El ángel negro (Dark Angel), y las primeras telenovelas brasileñas que se vieron en Cuba...

Que conste, estoy hablando de una televisión de corte popular, no culta o elitista, aunque esta última también debe tener su espacio. Solo una televisión que conjugue arte con entretenimiento provechoso podrá acercar al ser humano, aún como espejo borroso, a esa belleza a que nos convoca el Creador y de la cual la televisión no puede desentenderse.